

# **STABAT MATER RELATIVA**

**Francisco Sánchez Pérez**

“La madre que me parió”, mascullé entre dientes, aunque no podría asegurar si las palabras salieron de mi boca entre signos de exclamación o de interrogación. A tenor del impacto que me produjo verla, bien pudieron ser unos u otros, incluso ambos a la vez, ortográficamente emparejados o revueltos entre sí y, con todo, no expresarían con fidelidad el torbellino de confusas sensaciones que me provocó la visión de una señora mayor (traje sastre de manga corta, bolso de piel a juego con zapatos de medio tacón, cabellos canos bien peinados), bajando de la avioneta recién aterrizada en la precaria pista de hierba de Jaqué, un villorrio perdido en la costa del Pacífico panameño, en plena selva del Darién, donde yo estaba llevando a cabo una consultoría antropológica sobre los indios embera. Mi desconcierto continuó mientras nos dábamos los besos de rigor, recogía yo su maleta, fuimos luego las dos sorteando los abundantes sapos que pululan por las casi siempre encharcadas calles de Jaqué y nos sentábamos a una mesa de la cantina, para desvanecerse segundos antes de que Herminio nos sirviera el jugo de mango que le habíamos pedido, cuando ella sacó de su bolso un impoluto y bien planchado pañuelo bordado y, con educado disimulo de la mueca de asco que se había instalado en su faz desde que se tropezó con el primer sapo, limpió con esmero el borde del vaso. Ya no me cupo la menor duda: aquella señora era, en efecto, mi madre, y venía con la descabellada intención de quedarse conmigo hasta que terminara mi trabajo de campo ¡dos meses después!

Tengo que reconocer, a decir verdad, que su llegada no tenía por qué haberme cogido tan de sorpresa, pues ya me había dado un primer aviso unas semanas antes, cuando me llamó

desde España para comunicarme el repentino fallecimiento de mi padre, a cuyo entierro me fue imposible acudir por la premura del tiempo, y continuó amagando en los días posteriores, cada vez que hablábamos por teléfono o mediante los mensajes que me enviaba desde el correo electrónico del hijo de una vecina. Yo le respondía dándole largas con una excusa u otra, convencida de que tales anuncios eran meros recursos maternos para reclamar mi atención filial, que ni en mis más remotos pensamientos se me podía pasar por la cabeza que osara cumplir y cumplió. En su último correo, que leí con algunos días de retraso, venía un archivo adjunto con la copia de un billete electrónico a su nombre, con fecha y hora de llegada al aeropuerto de Tocumen, en Ciudad de Panamá. Fecha y hora cuya lectura me provocó un conato de taquicardia, pues coincidía con aquella misma tarde. Preocupada y no menos mosqueada por el embolado que se me venía encima, no pudiendo ir a su encuentro porque no había vuelo ese día, lo único que en aquel momento podía hacer era llamar a Ana, mi compañera sentimental, con la que vivía en Ciudad de Panamá, y pedirle que fuera a recoger a mi madre. Ana la albergó esa noche en nuestra casa y a la mañana siguiente la embarcó en el vuelo a Jaqué, no sin antes haberla pasado por una peluquería “pues qué iba a pensar la gente con la que vivía su hija, por muy salvajes que fueran”, me dijo Ana entre risas que le había justificado su petición, cuando me llamó para confirmar que la había dejado embarcada en el vuelo.

Mientras arrastraba mi preocupación por la pista de hierba a la espera de la avioneta, me entretuve en escudriñar mentalmente en los anales de la antropología, en biografías de colegas predecesores y coetáneos, diarios de campo, capítulos introductorios de tesis doctorales y hasta en los cotilleos de cuanto congreso había asistido o me habían contado, sin hallar que antropólogo alguno hubiera recibido la visita de su madre en

plena misión etnográfica. Hallé, eso sí, casos de trabajos de campo hechos en compañía permanente o esporádica de esposos o esposas, visitas de novios o novias, incluso de amigos, conocidos, ligues o amantes, casi siempre clandestinas a formales ojos de la cofradía académica, toda vez que tales presencias profanan una de las reglas no escritas del trabajo de campo: la ontológica soledad del etnógrafo. Las únicas visitas que el código deontológico de la profesión contempla son las de colegas, pues el hecho de haber sido sometidos a los rituales de iniciación y *passage* disciplinar neutraliza las interferencias que puedan distorsionar el flujo de empatía mental del etnógrafo inmerso en su otredad. ¡Pero una madre! ¿Cuándo habíase visto semejante extravagancia en toda la historia de la antropología?

Comoquiera que fuese, allí estábamos las dos sentadas, ella con una expresión mezcla de cansancio por el largo viaje y el cambio horario y de alivio por estar ya con su hija, y yo bastante mosqueada y devanándome los sesos para dilucidar cómo me las iba a arreglar durante la semana que, como mucho, le daba para que se convenciera por sí misma de que no pintaba nada por aquellos andurriales, que su sitio estaba en su pueblo, asistiendo a sus misas, acompañada de sus vecinas y de sus amigas viudas y no con los indios embera de la selva del Darién.

En esas cuitas andaba, cuando veo que Herminio llama mi atención desde la barra, balanceando una hoja de papel que tiene pinzada entre los dedos. Me acerco, la cojo (fotocopia de un periódico), me siento en una de las banquetas y empiezo a leerla.

*Al Pueblo y Gobierno de Panamá.*

*Como Comandante del Bloque José María Córdoba, Frente 57 de FARC-EP he recibido instrucciones precisas del Comandante Ivan Marquez, autorizado por el Estado Mayor y Secretariado FARC-EP de enviar este comunicado a los Medios panameños y al*

*gobierno de turno de Panamá, para que se den cuenta de la muy peligrosa situación en que se han comprometido al secuestrar a 6 miembros de nuestro ejercito, cerca de Jaque hace unos días. Este pequeño grupo, la mayoría desarmados, efectuaban un viaje a una base de descanso cerca de esta población, en una pequeña embarcación, y se quedaron sin combustible y a la deriva, cuando fueron atacados sin previo aviso por unidades de la Policía Nacional panameña que se movilizaban en lanchas pequeñas.*

*Esta accion del gobierno panameño viola los acuerdos establecidos en Jaque el año pasado con altos miembros del actual Gobierno y la FARC. Le recordamos al gobierno panameño que el Frente 57 FARC-EP mantiene en el Choco, más de 6 mil hombres entrenados y armados adecuadamente. Las posiciones de la Policía Nacional en Darien y San Blas, que tenemos perfectamente monitoreadas, no representan mas que un mínimo esfuerzo bélico en caso de ser necesario.*

*Como primera medida el Estado mayor FARC-EP me ha autorizado para comunicar al Gobierno panameño que tiene hasta el 1 de Marzo próximo a las 12:00 PM. para liberar a los compañeros secuestrados, en perfectas condiciones de salud. Para la negociación de su liberacion se deben comunicar con Jesús Santrich de CRB-VR. Si esto no se cumple, tenemos instrucciones de tomar los rehenes necesarios a miembros de la Policía Nacional, funcionarios o políticos locales para forzar un intercambio. Para esto tengo autorización de utilizar el pie de fuerza, el equipo y las acciones necesarias.*

*Por la Nueva Colombia, la Patria Grande y el Socialismo.*

*A 3 km. De Jaque. Darien. 26 de febrero, 2008*

*Cuando levanto la mirada del papel, Herminio me está esperando con la suya puesta en mí y, sin dejar de sostenerla en esa dirección, señala con la barbilla hacia el punto donde está*

sentada mi madre, como preguntándome: “¿Qué vas a hacer con ella?” Yo, tras rebuscar unos segundos en el vacío, le devuelvo una simultánea alzada de hombros y cejas, como respondiéndole: “Ni idea”. Él, a su turno, pergeña un mohín, como diciéndome: “Pues tú misma”, y regresa a sus tareas. Y yo misma torno la mirada hacia mi madre y me quedo contemplándola, sentada junto a su enorme maleta Samsonite, como preguntándole: “¿Ya me dirás que hago contigo?” Ella, por su lado, está absorta en un colorido mural pintado en una de las paredes del local, en el que aparece una mujer en bikini tumbada en una playa entre palmeras, anunciando una marca de cerveza. Me apercibo del acelerado envejecimiento que ha experimentado en tan poco tiempo, y me asalta la impresión de que nunca antes la había visto tan desvalida. Me doy cuenta de que la mujer que tengo ahí sentada, que ha conjugado para mí todos los tiempos del verbo amparar, todos menos el condicional, contra la que había librado infinidad de escaramuzas y algunas duras batallas, se me ofrece ahora como la viva imagen de la vulnerabilidad. Y conforme la miro, la mezcla de rabia y desconcierto que me ha provocado su venida se va mudando en un hondo sentimiento de ternura que despierta en mí un inusitado instinto protector.

Se me ocurrió que podía llevarla a Costa Rica a visitar el volcán Arenal y el parque nacional de Tortuguero; tiempo que yo aprovecharía para convencerla de que regresara a España. Como era jueves y el siguiente vuelo a Ciudad de Panamá no salía hasta el sábado, le pediría a la esposa de Herminio que se hiciera cargo de ella mientras yo me acercaba a Valle Alegre, el poblado embera donde tenía radicado mi cuartel general, recogía algunas cosas y, de paso, realizaba la entrevista que tenía concertada para esa misma tarde. Cuando me dispongo a preguntar a Herminio por su esposa, advierto que mi madre descuelga su mirada del mural, la apunta hacia mí y, con una inusitada determinación impropia de

su manso carácter, modelado durante cuarenta y seis años de aquiescente sumisión a su marido, decreta:

- El sitio de una madre está donde esté su familia, y la única familia que ahora me queda en el mundo eres tú. Así que, donde tú estés, ahí está mi sitio.

Puro azar o misteriosa meta-comunicación materno-filial, en ese momento pensé que no procedía ponerme a discutir con ella si el lugar donde reside una hija al borde de los cuarenta es o no el más apropiado para una madre viuda, máxime en el caso extraordinario de que esa hija esté viviendo en una selva más bien hostil, infestada de mosquitos que lo invaden todo entre los frecuentes aguaceros y son causantes de no pocas enfermedades. Además, la desafiante mirada con que había subrayado su pronunciamiento era lo suficientemente elocuente como para hacerme desistir de contradecirla, por mucho que yo seguía teniendo meridianamente claro que de ninguna manera podía quedarse. Simple y crudamente, el denominado Tapón del Darién, la única región no atravesada por la carretera Panamericana, que recorre el continente desde Alaska a la Tierra de fuego, se había visto contaminado por el conflicto armado del país vecino y convertido en corredor del tráfico de emigración clandestina, madera ilegal, droga y armamento, retaguardia de la guerrilla de las FARC, objetivo de esporádicas incursiones de la contrainsurgencia paramilitar y el ejército colombianos y territorio de refugio de cuanta población indígena y afro-descendiente se aventuraba por la costa del Pacífico o por los intrincados senderos de la selva desde la transfronteriza región del Chocó, situada apenas a cuarenta y ocho kilómetros de Jaqué. Un panorama que pedía a gritos que sacara a mi madre de allí cuanto antes, como así traté de exponérselo para que comprendiera que quedarse no era cuestión de mayores o menores incomodidades, sino de vida o muerte.

- Difícilmente podrán quitarme lo que ya no tengo - zanjó todo intento por mi parte de ofrecerle más explicaciones. -Se quedó callada unos segundos, suspiró y prosiguió. - Cuando el otro día entré sola en la casa después de haber enterrado a tu padre, supe que me metía en mi lecho de muerte. - Levantó la cara y, mirándome a los ojos, dijo: - No te pido que me prestes mucha atención, tan sólo que me dejes terminar mis últimos días a tu lado.

- No exageres, mamá - le dije, con un nudo en la boca del estómago, certera de que no exageraba.

Sabía muy bien que sus palabras no sólo eran la expresión dramática de una mujer que acababa de perder al compañero con el que había tenido dos hijos y compartido casi toda su vida. Siendo una herida muy dolorosa para ella, la muerte de mi padre venía a dejar al descubierto otra herida mucho más profunda e imposible de cerrar, abierta cinco años atrás, el día en que, estando ella y mi padre a la espera de las noticias de la televisión sobre la guerra de Irak, y sin que nadie les hubiera advertido, vieron horrorizados e impotentes el cadáver de su hijo mayor tendido en medio de una carretera, siendo pateado con júbilo por unos exaltados iraquíes. La voz del locutor informaba de que el convoy en el que viajaban nueve agentes del Centro Nacional de Inteligencia español destinados en Irak había sufrido una emboscada letal a su paso por la población de Al Lattefiya, a treinta kilómetros de Bagdad. No alcanzaron a escuchar el resto de la noticia, porque en ese instante mi padre sufrió el primero de los tres infartos que unas semanas atrás había acabado con su vida, y con ella el plazo que mi madre había dado a la suya desde el momento en que, desgarrada por el dolor, consintió dejarse arrancar del féretro en el que yacía el cadáver de su hijo asesinado, antes de que desapareciera bajo una lápida familiar que no estaba destinada para él.



Hora y media después, viajábamos las dos en una panga río arriba, en dirección a Valle Alegre. Mi propósito era hacer la entrevista, recoger mis bártulos, regresar a Jaqué en la panga de la tarde y poner en práctica el plan Costa Rica, para, luego de haber embarcado a mi madre en el avión de regreso a España, retomar el trabajo de campo. No me quedaba otra salida: la burocracia del PNUD, organismo en el que yo trabajaba como delegada regional para la prevención de desastres naturales, con sede en Ciudad de Panamá, no entendería que abandonara el trabajo de campo porque mi madre se hubiera quedado viuda y se negara a vivir sola, dejando inconcluso mi estudio sobre el papel del factor étnico en los planes de prevención de desastres naturales: el caso de los embera.

Iba mi madre embelesada con la exuberante vida salvaje que se exhibía en las orillas del río y yo acongojada por la posibilidad de sufrir un tropiezo con la guerrilla, por mucho que el comunicado especificara que sus objetivos eran policías, funcionarios o políticos y no antropólogas acompañadas de su mamá. Nada podía hacer, sin embargo, para evitar esa posibilidad, conque opté por cruzar los dedos y dedicarme lo que restaba de trayecto a preparar a mi progenitora para el choque cultural que iba a experimentar entre los embera, esperaba yo que no traumático, aunque sí lo suficientemente disuasorio como para hacerla desistir de su intención de quedarse conmigo. Empecé a impartirle un acelerado cursillo de introducción al relativismo cultural. Le dije que, como todos los pueblos de la tierra, los embera tienen sus propias costumbres, que no son ni mejores ni peores que las nuestras, sino simplemente distintas, y que éstas afectan a todos los aspectos de su vida y su manera de entender el mundo...

- Eso ya lo sé - cortó en seco mi perorata-. Es lo mismo que le soltabas a tu padre cada vez que te preguntaba para qué servía

la dichosa carrera que se te ocurrió estudiar, en contra de su deseo de que hicieras Derecho y te quedaras en el despacho con él.

Me abstuve de entrar al envite que me estaba haciendo con un viejo trapo de familia bastante manido y resolví que mejor me dejaba de aventar la paja teórica y me iba directamente al grano etnográfico. Le expuse que la etnia embera ocupa un extenso territorio a uno y otro lado de la frontera entre Panamá y Colombia. Que está conformada por subgrupos como los embera-katío o los embera-chamí, en la parte colombiana, o los emberá-wounaan, radicados en territorio panameño. Que suelen vivir a orillas de los ríos, subsistiendo de la pesca de tortugas, sábalos, mojarras, y de la caza de saínos, osos hormigueros, ardillas, venados. También cultivan plátanos, yucas, ñame y diferentes tipos de maíz. Los hombres utilizan un cubre sexo (“Menos mal”, soltó mi madre con un suspiro de alivio), aunque cada vez más visten pantalón corto y camiseta de algodón. Las mujeres llevan una colorida paruma a modo de falda, dejando el pecho al descubierto (ahora mi madre esbozaba una mueca de desdén). Pintan su cuerpo con dibujos geométricos y se adornan con collares de semillas y amuletos, con ajorcas, brazaletes y fajas en la cintura. Añadí que habitan en viviendas llamadas tambos, consistentes en un armazón de madera de planta circular, contruidos sobre pilotes a una altura de 1.50 metros sobre el suelo, con techo cónico de hojas de palma, a cuyo interior se asciende por un tronco de árbol con muescas a manera de peldaños. Generalmente, los tambos no tienen paredes exteriores ni divisiones internas (“No, mamá, no hay baños. Para eso tienen el bosque y el río”), el piso es de palma trenzada, y sobre una base de tierra se construye el fogón, junto al cual se desarrollan actividades cotidianas diurnas y nocturnas. Los tambos suelen

estar generalmente aislados o en pequeños grupos de dos o tres, pertenecientes a miembros de la misma parentela.

- ¿Son cristianos? – preguntó algo que tenía mayor interés para ella que mi presentación etnográfica.

- No exactamente, por más que hace siglos que lo vienen intentando los misioneros católicos y últimamente los predicadores evangélicos. Reconocen una deidad suprema que llaman Caragabí. Pero quien de verdad ocupa un papel primordial en sus vidas es el Jaibaná, que hace de chamán y curandero y posee poder para tratar con los espíritus, los jais, que pueden ser buenos o malos, y mueven los hilos de la vida de las personas. Es un oficio que puede aprender cualquiera que tenga cualidades para ello y que en ocasiones puede ser transmitido de padre a hijo e incluso, a veces, incluso a hija.

- Vaya, entonces no son tan incivilizados –, dijo y tiró de un pico del viejo trapo de familia. - Por cierto, que he pensado que podíamos vender los muebles del despacho de tu padre – sacó todo el trapo. -Para lo único que sirven ya es para recoger polvo y que se los coman las polillas.

- No hace falta que vendas nada– le dije, resuelta a no dejarme tentar por el nuevo envite.

- Muy bien – se avino de nuevo a guardar el trapo-. ¿Y puede saberse qué interés tiene todo eso que me estás contando para que tengas que pasar tanto tiempo alejada de los tuyos y no viviendo como una mujer normal?

- Investigo cómo actúa el factor de identidad étnica en las relaciones entre los distintos subgrupos embera – opté por responder la parte académica de la pregunta-. Aunque la población embera del Darién pertenece al grupo embera-wounaan, el conflicto colombiano está provocando el

desplazamiento de numerosa población embera-chamí y embera-katío desde la región del Chocó colombiano. Estoy estudiando cómo esos grupos se relacionan entre sí, con objeto de tenerlo en cuenta a la hora de diseñar programas de actuación comunitaria para la prevención y recuperación de desastres naturales.

- Qué ha hecho esa pobre gente para tener que huir.

- Nada. Simplemente, se han visto pillados en medio del fuego cruzado que mantienen entre el ejército, los paramilitares y la guerrilla. Son víctimas de masacres de poblados enteros, violaciones, torturas, secuestros de adolescentes que pasan a ser carne de cañón en las filas de esas organizaciones. Precisamente esta tarde voy a entrevistar a una mujer embera-chamí procedente del Chocó colombiano, que acaba de aparecer en el poblado acompañada de una hija pequeña. Anda buscando al único hijo, de los cinco que tenía, que sobrevivió a la matanza que ocurrió hace años en Bojayá, el municipio donde residían. Me va a venir muy bien para ver cómo actúa el factor étnico embera-chamí con el embera-wounaan en los primeros contactos.

- Supongo que una mujer que ha perdido a cuatro hijos le debe preocupar muy poco seguir siendo chumí o chumá – dijo mi madre con un atisbo de melancolía en su voz. -Eso es que no tienen sentimientos maternos normales.

- El problema no es sólo psicológico, sino también cultural. Tú, por ejemplo, a pesar de haber perdido a un hijo – traté de explicarle y enseguida me arrepentí al ver la expresión triste que se le había dibujado en el rostro -en lo que se refiere a tu identidad socio-cultural sigues siendo la misma: la hija de los abuelos, la mujer de papá y ahora su viuda. Y que yo sepa, sigues siendo mi madre –le dije en tono irónico para relajar la tensión, al tiempo que le lanzaba una maroma a la que agarrarse y no se fuera a la

deriva en el oscuro fondo de tristeza al que mi inoportuna ocurrencia la acababa de arrojar.

No se agarró. Y su silencio me hizo sentir que no era ella, sino yo, la que había sido dejada al garete por mi madre. La misma sensación que empecé a experimentar tras la muerte de mi hermano, que con el tiempo había llegado a enquistarse en mí como un tumor que amenazaba con provocar metástasis en todo mi sistema emocional. Yo sentía que, con la pérdida de su hijo, mi madre había renunciado a seguir siéndolo de su hija. Una palabra, “hija”, con la que siempre se había dirigido a mí y desde que se produjo el aciago acontecimiento no volví a escuchar en su boca. Nos quedamos calladas las dos: ella dejándose arrastrar por la corriente de desapego a la vida y yo tratando de mantenerme a flote en medio de la galerna de desafección que se había desencadenado en mi ánimo.

Un par de horas después bajábamos de la panga en el recodo del río donde se encuentra el poblado de Valle Hermoso. Siguiendo el protocolo embera, fui a presentar a mi madre al nokó, el jefe local, y luego a los vecinos con los que nos íbamos encontrando. Yo ocupaba uno de los dos tambos pertenecientes a Gracelia Arce, aunque la cercanía entre ellos, apenas seis metros, me permitía vivir como una más de su familia. Una vez presentada mi madre a Gracelia y a sus seis hijos, la ayudé como pude a salvar los casi dos metros que mediaban entre el suelo y el piso de nuestro tambo, trepando por las muescas del tronco. Subí la maleta (que ella se había negado a dejar en Jaqué, “porque nunca se sabe”) y una vez arriba me dejé caer en mi hamaca para recuperar el resuello, resignada a escuchar el cáustico comentario de mi progenitora, que a buen seguro ya había escudriñado hasta el menor de los detalles con una rauda pasada de revista.

- Está muy bien pensado esto de que las chozas sean redondas – soltó-, así no se acumula suciedad en los rincones.

Conociéndola, era obvio que con su sobreactuada naturalidad estaba haciendo un tremendo esfuerzo para disimular sus verdaderas impresiones, dándome a entender que estaba dispuesta a cualquier sacrificio con tal de no tener que regresar sola a España.

- Tú estás acostumbrada a más comodidades, mamá. Fíjate donde tendrías que dormir –le señalé la delgada plancha de gomaespuma que habría de servirle de lecho, que en ese instante me pareció impresentablemente cochambrosa.

Se me remeció el cuerpo cuando vi el brillo de las lágrimas en sus ojos y dijo:

- Sí, Nines, puedo imaginarme lo duro que debe ser dormir ahí. Pero no tan duro como la soledad en la que me he quedado.

Persuadida de que todo intento de hacerla cambiar de opinión antes de tiempo sería inútil, opté por dejar que las cosas se fueran sucediendo por sí solas. Le expliqué que no cocinaba porque casi siempre andaba visitando otras comunidades y cuando estaba en el poblado comía en donde Gracelia, quien también se encargaba de lavarme la ropa por una cantidad acordada (“No, mamá, cómo va planchar nada si no hay electricidad”... “Tampoco de las de hierro que se calentaban con ascuas”).

- ¿Sabes que la palabra emberá significa buena gente? – cambié de conversación. -Aunque, para ser precisos, Gracelia y su familia no pertenecen a los embera del Darién, sino a los emberá-katío, oriundos de Colombia.

- ¿También han venido huyendo de la violencia?

- Sí; pero de la violencia causada por la construcción de la represa Urrá, en el río Sinú, donde los emberá-katío han vivido durante siglos. Desde que en 1977 comenzaron las obras, no han

dejado de destruir su hábitat natural con la progresiva inundación de los márgenes del alto Sinú, anterior a la represa, y la desecación casi total del curso del río aguas abajo.

- ¿Y por qué permiten que les hagan eso?

- Tomaron sedes ministeriales y ejercieron todo tipo de protestas y denuncias, ayudados por organizaciones ecologistas. De hecho, en marzo de 2000 una misión internacional de observadores independientes confirmó el desastroso impacto ambiental y social del proyecto. Pero los enormes intereses que hay detrás se han encargado de ir minando cualquier tipo de unión entre la población indígena. No en vano, aquella región está controlada por grupos paramilitares, que han cometido asesinatos, amenazas y todo tipo de violaciones de los derechos humanos, forzando a los indígenas a la emigración. Algunos se han venido a Panamá, pero la mayoría malvive en los cinturones de miseria de Cali, Medellín o Bogotá.

- Y cómo ha venido a parar esta familia hasta aquí.

- Se exiliaron cuando los paramilitares asesinaron al esposo de Gracelia, un dirigente local que había organizado algunas manifestaciones. En venganza, el hijo mayor mató a un paramilitar que, para su desgracia, resultó ser hijo de un alto mando del ejército colombiano. Tuvo que echarse al monte para salvar la vida y acabó uniéndose a la guerrilla de las FARC. A Gracelia y sus otros hijos empezaron a hacerle la vida imposible. Así que cogieron lo poco que tenían y se fueron. Durante un tiempo, anduvieron de un lado para otro, hasta que pasaron la frontera y, ayudados por el párroco de Jaqué, terminaron por asentarse en Valle Alegre.

- De qué viven.

- El hijo mayor, Ventura, que ya tiene diecisiete años, se dedica a la pesca y la caza. Además, Gracelia hace cestos de artesanía que llevan a Jaqué para vender a los turistas.

- No veo que haya muchos por aquí.

- Hay un hotel carísimo escondido por la costa, dedicado al turismo de pesca de altura que dispone de su propio aeródromo. También llegan cruceros que fondean en altamar. Sus pasajeros se acercan en grupos para hacer lo que denominan turismo etnológico. Les dan unas cuantas vueltas en lanchas por los ramales del río, haciéndoles creer que se adentran en la selva; pero en realidad no se alejan mucho de Jaqué. Acaban en un poblado cuyos habitantes se han especializado en hacer de indígenas y hasta tienen su propia página web. Se pintan al modo tradicional y ejecutan danzas a las que son invitados a participar los turistas que, fascinados, no dejan de filmarse a sí mismos haciendo el indio. Un espectáculo de lo más grotesco. Anda, ponte ropa cómoda que nos espera Gracelia para almorzar.

- Sí, vamos a ver cuál de las sabandijas esas que dices que comen esta pobre gente nos ha preparado esa buena mujer– dijo mi madre con resignación.

Luego de almorzar, y por si aún quedaba algún resquicio de duda sobre la imposibilidad de que mi madre pudiera adaptarse a vivir en aquel entorno, habría bastado para sellarlo la actitud que había mantenido durante el almuerzo, aunque comedida y esforzadamente amable, como correspondía a su educación pequeño-burguesa en un colegio de monjas, palmariamente incómoda por no entender lo que hablábamos en lengua emberá; pero, sobre todo, por tener que coger con las manos la comida que la anfitriona le había servido sobre una hoja de platanera a modo de plato. Por suerte, ese día Gracelia no había cocinado sabandija, sino pollo con patacones, que a mi



madre no le había disgustado, según me dijo apenas hubimos bajado del tambo.

- Pero ya podía la señora haberse cubierto los pechos con una blusa, siquiera para comer. ¡Casi mete los pezones en mi plato mientras me estaba sirviendo! – se quejó-. Eso sí, amables sí que son – compensó.

- Es que para los embera la desnudez del pecho femenino no tiene el significado que tú le das. Es una parte más del cuerpo, sin las connotaciones púdicas de nuestra cultura.

- No seré antropóloga –dijo con retintín-, pero en cualquier lugar de la tierra todas las madres dan de mamar a sus hijos con el pecho -argumentó con total convicción-, como ya he visto que también hacen aquí, aunque la manera en que lo hacen, tiradas en el suelo, más bien parece cosa de animales que de personas civilizadas.

- ¿Y qué quieres decir con eso?

- Pues que el pecho es una parte ligada a la condición materna y por eso hay que concederle una mayor intimidad.

- Cualquier mujer embera estaría de acuerdo con la primera parte de tu afirmación; pero no entendería la implicación moral que tú derivas de ella.

- O sea que a Gracelia le daría lo mismo que cualquier hombre le tocara un pie que un pecho ¿no?

- No, no le daría lo mismo. Como a ti no te da igual que te dé un beso un conocido que un desconocido, y no por eso te tapas la cara. Cosa que, sin embargo, sí hacen muchas mujeres musulmanas. Mamá, no hay costumbres mejores ni peores, sino diferentes; y para entenderlas hay que hacerlo en su propio contexto cultural.

- Pues yo sí creo que, en lo tocante a la decencia, hay costumbres mejores y costumbres peores que otras.

- Mejores o peores para quién.

- Para la dignidad de cualquier madre. Una madre es una madre, aquí o en San Pernambuco. Oye – preguntó- ¿siempre van pintorreados de esa manera?

- La pintura facial y corporal es un factor de identidad muy importante para los embera. Tiene significados que van más allá de una mera cuestión estética. Indica posición social, género, pertenencia a familia, parentela y grupo étnico. Se usa para fiestas, rituales de nacimiento y muerte e incluso para las curaciones. También tiene connotaciones simbólicas relativas a su manera de concebir la relación del ser humano con los demás seres vivos y con el mundo de los espíritus, los jais.

- Así que todavía creen en espíritus – alegó lo que para ella constituía una prueba irrefutable de que permanecían en estado de salvajismo.

- Sí, exactamente igual que tú crees en tus santos– le repliqué.

- Bah, supercherías– despejó ella mi apreciación sobre sus creencias religiosas.

Habituada al sin fin que suele conllevar la discusión de la relatividad cultural, y conocedora de que cada cultura concibe sus propios valores como universales, que en el caso de mi madre alcanzaba carácter de fe, preferí no darle más vueltas a ese son. Me puse a preparar los arreos de grabar, ciertamente aliviada porque ya no quedaban más ocasiones de roce cultural hasta el momento de reemprender el regreso a Jaqué. Le dije a mi madre que, si quería, podía esperarme en el tambo mientras yo entrevistaba a Rosa Elvira.

- Ni lo pienses. Para una vez que puedo ver en qué consiste tu trabajo no creerás que me lo voy a perder. ¡Lo que hubiera dado tu padre, pobrecito!

Hora y media después, camino del embarcadero, comentaba con mi madre el dramático relato que me acababa de hacer Rosa Elvira sobre los trágicos acontecimientos ocurridos en el municipio de Bojayá, en el Chocó colombiano. Unos acontecimientos que yo conocía, pues en su momento tuvieron cierto alcance mediático, y porque se los había escuchado contar en varias ocasiones a testigos más o menos directos en la cantina de Herminio. Tuvieron como principal escenario el caserío de Bellavista, de unos mil habitantes, situado a orillas del río Atrato, en una zona controlada por la guerrilla de las FARC, aunque, a tenor de los hechos, no lo suficiente como para impedir que un día arribaran al pueblo siete lanchas con unos 250 paramilitares, después de que un retén de la marina de guerra, otro de la policía y un tercero del ejército, hicieran la vista gorda y las dejaran pasar río arriba. Según declaró el comandante paramilitar, su propósito era limpiar el río Atrato de guerrilleros. Éstos, por su parte, estuvieron vigilando estrechamente cada uno de sus movimientos mientras se apostaban en el pueblo, dispuestos a defender su zona de influencia. Viendo la matanza que se avecinaba, la diócesis de Quibdó alertó a la Oficina de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, que, a su vez, expresó al Gobierno colombiano su preocupación por la incursión paramilitar, instándolo a tomar medidas para proteger a los civiles. Instancia a la que se unieron la Procuraduría General de la Nación y la Defensoría del Pueblo. En vano. La guerrilla inició el cruento combate al amanecer del día siguiente. Aterrados, la mayoría de los vecinos corrió a refugiarse en la iglesia; algunos lo hicieron en la casa del cura y el resto en una casa de Misioneras Agustinas que hay allí. Con el estallido del primer proyectil, los

paramilitares intentaron entrar en la iglesia para protegerse y empezaron a golpear la puerta. En el interior, la gente se negaba a abrir, pidiéndoles que se fueran de allí. Un segundo proyectil alcanzó a la iglesia, aunque no llegó a estallar. El tercero, impactó directamente en el altar. Murieron 119 personas, entre las que había 45 niños, cuatro de ellos hijos de Rosa Elvira. (“Si mamá, tenía marido, pero la había abandonado”) Dada la magnitud de la masacre – proseguí- y la repercusión internacional que tuvo, las FARC intentaron disculparse. Hicieron un comunicado aceptando el error y pidieron perdón por los muertos; pero culpabilizaron a los paramilitares por parapetarse en los muros de la iglesia para defenderse del ataque. No obstante, para ellos la operación había sido un completo éxito.

- Así se entiende que la mujer se echara a llorar – dijo mi madre.

- Si, cuando contaba su desesperación al tener que dejar atrás al hijo herido entre los muertos amontonados en la iglesia, porque los paramilitares la forzaron a subir a la lancha. Anduvo con ellos unos años, cocinándoles y lavándoles la ropa y, aunque no me lo ha dicho expresamente, abusando de ella, hasta que se quedó embarazada. Como suelen hacer cuando eso ocurre, los paramilitares trataron de que abortara, pero ella se negó. Siendo ya más un problema que una ayuda, la abandonaron. Volvió a Bellavista, donde le informaron de que su hijo había sobrevivido a la masacre y se había marchado. Ella buscó el amparo de su parentela para tener a la niña y criarla. Hasta que hace cosa de un mes, un vecino que había desertado de la milicia paramilitar y casualmente había sido compañero de su hijo, le contó que éste también había desertado, pero que, convencido de haber perdido a toda su familia en Bellavista, había huido a Panamá. Desde ese momento, Rosa Elvira se propuso encontrarlo. Alguien le habló de la organización de refugiados colombianos que hay en Jaqué y

hacia allí se dirige con su hija siguiendo la ruta del río Pavarandó, en busca de su mariposa perdida. ¿Te has fijado en las figuras que ella y su hija llevan dibujadas en el mentón?

- Ay Nines, con tanta pintura como se ponen no hay manera de distinguir nada.

- Si te hubieras fijado sin prejuicios habrías reparado que son mariposas. La mariposa es un símbolo muy utilizado por los embera-katío de la zona de Bojayá, de donde proceden Rosa Elvira y su hija. El dibujo alude al lugar del que, según sus relatos míticos, es originario su grupo étnico, la región del río Bagadó, que significa río de las mariposas. Por eso andan buscando una mariposa: la que Rosa Elvira supone que aún puede llevar su hijo pintada en el mentón. Que, por cierto, no es hijo biológico suyo, sino fruto de una relación extramatrimonial del marido, y que ella acogió recién nacido y amamantó junto con otro hijo suyo al que todavía le daba el pecho.

- Pues para tener tanto interés por un niño que ni es suyo, bien podía atender un poco más a la niña, que sí lo es, tan desgredada y sucia como la lleva.

- Al parecer, intentó dejarla en un hospicio antes de emprender el viaje; pero tuvo que recogerla enseguida porque la niña se negó a comer.

- Debe ser muy duro ver en la mirada de tu hija la de tu propio violador.

- Seguro que sí. ¿En su caso, tú qué harías?

- ¿Cómo se te puede ocurrir semejante tontería? ¿Me tomas por una salvaje disoluta? – respondió indignada.

- Yo no creo que Rosa Elvira sea salvaje ni disoluta. No olvides que fue violada.

- Pudo resistirse.

- No seas inocente, mamá. Y no me vengas a estas alturas con que Santa Inés mártir fue mandada a la hoguera por negarse a perder la virginidad y no se quemó. El cuento que tantas veces me contabas de pequeña y, por cierto, nunca te lo oí contar a mi hermano.

- Es que no es lo mismo.

Cuando llegamos al embarcadero, el hijo mayor de Gracelia ya estaba allí con la maleta de mi madre y el petate con mis bártulos. La panga no estaba, a pesar de que a esa hora ya debería haber llegado. Al rato, arribó una canoa con un vecino del poblado que venía de pescar. Contó que había visto cómo los guerrilleros de las FARC impedían el paso de la panga procedente de Jaqué y la habían obligado a darse la vuelta. La noticia me dejó desconcertada. La cosa pintaba fea.

Aquella noche, la inquietud por el contratiempo de la panga y las intermitentes sesiones de ronquidos de mi madre me mantuvieron en vigilia hasta bien avanzada la madrugada. Todo indicaba que mientras los guerrilleros de las FARC no fueran liberados la circulación por el río permanecería cerrada. Había una ruta alternativa a la fluvial para salir de Valle Alegre selva a través, pero si ya era dificultosa para los propios nativos resultaba impracticable para una mujer mayor que, para colmo, no se había traído más calzado que dos pares de zapatos de medio tacón (“Si me hubieras contestado al correo en el que te preguntaba qué metía en la maleta”) y unas pantuflas (“de andar por casa”). Mil veces maldije el momento en que a mi madre se le ocurrió venir y otras tantas me recliné por haberla metido en una situación de tanto riesgo.

Al amanecer me despertó la algarabía de los monos aulladores en las frondosas copas de los árboles. En un interludio

del jaleo, percibí un extraño susurro. Alcé la cabeza y me encontré con una de las imágenes más exóticas que puedan verse en este planeta, lo que ya es decir para una antropóloga: una señora en bata y zapatillas, con rulos en el pelo y una redecilla cubriéndolos, rezando el rosario en un tambo de un poblado perdido en la selva del Darién. Al verme despierta, me aseguró, y su semblante y las tandas de ronquidos durante la noche no la desmentían, que había dormido como un tronco y que, en contra de lo que cabía esperar de la dureza del lecho, no le dolía ni un hueso. Verdad o no, terminó el rezo mientras yo me levantaba, cogió su bolsa de aseo y una toalla, bajó del tambo con inusitada agilidad y, calzándose mis chanclas, se acercó a la orilla del río para hacer sus abluciones. Enseguida le llevé un jarro con agua hervida para que se lavara los dientes y la cara, y la aleccioné para que tuviera el más exquisito de los cuidados con lo que entraba en su boca. Lo último que nos faltaba es que cogiera una infección. Desprevenida como me pilló en ese instante, sólo alcancé a responderle un “Ya veremos” cuando me sugirió construir un cuarto de baño “como el que sale en la película de Mogambo, cuando Clark Gable encuentra duchándose a Ava Gardner, la actriz que tanto le gustaba a tu padre.”

Con el último sorbo del café preparado por Gracelia nos fuimos al embarcadero, esperanzada yo en que la situación se hubiera normalizado y apareciera la panga de la mañana. Unos pescadores que regresaban con sus piraguas dijeron que todo permanecía en calma. No nos quedaba más remedio que tener paciencia y esperar: esperar a que se reabriera la circulación fluvial y pudiera llegar la panga, y esperar que, hasta que eso ocurriera, los guerrilleros tuvieran suficientes provisiones como para no tener que venir a buscarlas al poblado. Con que eso hicimos, esperar, yo dando paseos por el embarcadero para calmar mis nervios, atisbando cada poco el recodo del río por

donde tenía que aparecer la embarcación, y mi madre sentada en el borde, como si nada de lo que estaba ocurriendo fuera con ella, entretenida con el ir y venir de las piraguas, el chapoteo de los niños y las mujeres lavando en la orilla.

Hacia el mediodía nos fuimos a almorzar, confiando en que por la tarde hubiera mejor suerte. No la hubo esa tarde ni tampoco indicios de la panga durante todo el día siguiente; y no fue sino hasta el anochecer del tercer día cuando llegó el grupo de vecinos del poblado que venía en la panga interceptada por la guerrilla y habían regresado desde Jaqué por los senderos de la selva. Dijeron que los guerrilleros habían amenazado con disparar a todo el que se le ocurriera pasar por ese punto del río. Al parecer, las autoridades de Jaqué estaban haciendo gestiones en instancias gubernamentales de la capital para saber a qué atenerse, pues temían arriesgarse a enviar a la policía para reabrir la circulación fluvial y se desencadenara una refriega que empeorase aún más el ya complicado panorama.

Así las cosas, y ante la posibilidad cierta de que tuviéramos que pasar algunos días más de aislamiento, acaso semanas, como ya había ocurrido en otros lugares del Darién en parecidas situaciones, lo mejor que podíamos hacer mi madre y yo era mentalizarnos y acomodarnos lo mejor posible, como así se lo expuse a ella por la noche cuando nos disponíamos a acostarnos. Me dijo que por su parte no había ningún problema, que se encontraba bien e incluso que le gustaba aquello, porque “todo era muy bucólico”.

- Lo único es si no podríamos arreglárnoslas para no tener que ir a “molestar” a Gracelia para las comidas.

Traté de hacerle entender que no valía la pena complicarse para el poco tiempo que íbamos a permanecer allí y le expuse las dificultades que ella tendría para cocinar sobre un fuego de leña,



con una cacharrería más que precaria y con productos que no conocía; eso por no hablarle de las implicaciones sociales que comportaba el hecho de independizarnos de Gracelia en lo concerniente a las tareas culinarias. Nada repuso en ese momento a mis argumentos, haciéndome creer que la había convencido. Hasta que, al día siguiente, cuando nos disponíamos a ir a almorzar, volvió a insistir del mismo modo alambicado que utilizaba para contrariar a mi padre cuando a ella le convenía, con tal finura que nunca nos cupo a mi hermano y a mí, acaso tampoco a mi padre, la menor sospecha de que se estuviera subvirtiendo el natural orden jerárquico familiar. Pasados unos días en los que volvió a insistir en el asunto, viendo que nuestro aislamiento podía alargarse, y certera yo de que no iba a cejar en su empeño, busqué un momento oportuno y puse a prueba mi experiencia diplomática en las lides con la otredad. Sugerí a Gracelia que, ahora que mi madre estaba allí, podíamos dejar de molestarla y preparar nuestra propia comida en el tambo donde dormíamos (me cuidé muy bien de evitar decir “nuestro” tambo). Me respondió lo que ya sabía yo que me iba a responder: que no le suponía ningún problema darnos de comer y que, si era porque a mi madre no le gustaba algo en especial, que se lo dijera y simplemente no lo prepararía. No me dijo, claro, que le resultaba inconcebible que otra mujer que no fuera ella misma o de su familia cocinara en “su” propia vivienda, categoría ésta que, como para cualquier embera, incluía también el tambo vecino donde estábamos alojados y cualquiera otro que perteneciera a su parentela. Por supuesto, yo tampoco le revelé que la razón por la que mi madre reivindicaba un territorio culinario propio eran los remilgos que le provocaban la desnudez de sus pechos. Ahí quedó la cosa, pero a partir de entonces las dos mujeres se limitaron a mantener una relación simplemente correcta, a lo cual ayudaba que mi madre no entendiera el emberá y Gracelia hablase un apurado español. En cuanto a mí, opté por no abundar más en

un problema de protocolo intercultural que ni el mismísimo Claude Lévi-Strauss habría sabido cómo resolver, por muy autor que fuera de *El origen de las maneras de mesa*.

Pasaban los días lentos, sofocantemente calurosos y húmedos, apenas aliviados por los aguaceros vespertinos que al menos nos libraban de los mosquitos, sin el menor indicio de que la espesa bruma de tensa calma que se había posado sobre los sinuosos meandros del río Paravandó fuera a disiparse. Yo aproveché para seguir recogiendo los relatos de vida de Rosa Elvira, quien, por ser recién llegada al poblado, me ofrecía la posibilidad de abordar su relación con los embera-wounaan desde el primer contacto y, lo que la hacía más interesante, desde una perspectiva femenina. Hasta ese momento, no me había resultado difícil encontrar varones pertenecientes a distintos grupos étnicos oriundos del Chocó colombiano. Algunos de ellos habían llegado al Darién hacía más de una década y formado familias con mujeres embera autóctonas; otros, eran parte del incesante flujo migratorio que transitaba por la zona en busca de refugio o de nuevos horizontes en los Estados Unidos. Rosa Elvira integraba este último colectivo, sólo que en su horizonte estaba el hijastro que había dejado abandonado cuando la matanza de Bojayá. Ella y su hija ocupaban un tambo desvencijado y abandonado, próximo al de Gracelia y el mío. El poco dinero que traía se le había terminado con el pago del último trayecto en la panga que las había dejado varadas en Valle Alegre. Sobrevivían con lo que buenamente les daban aquí y allá y de las frutas y tubérculos silvestres que encontraban a su paso. Aunque su presencia en el poblado no había sido bien acogida en un primer momento, el motivo de su peregrinaje despertó entre las mujeres un sentimiento de solidaridad, particularmente en Gracelia, quien, identificada con ella por su común condición de chocoanas desplazadas, procuraba que no les faltara algo que llevarse a la

boca. Lo cual me llevó a revisar la hipótesis con la que venía trabajado, centrada en la supremacía del factor étnico sobre cualquier otro factor de identidad, en este caso, de género, en el marco de relaciones inter-étnicas. Entre otras cosas, reparé en que mi conjetura se había fundamentado en material etnográfico procedente de informantes masculinos en exclusiva y de observaciones más o menos directas de escenarios en los que eran frecuentes los conflictos entre varones chamí, katio o wounaan, que en alguna ocasión habían culminado incluso en muertes violentas. No siempre esos conflictos eran directamente achacables a diferencias étnicas, como así me encargaba yo de comprobar con la meticulosidad de una buena detective; pero en la práctica totalidad de los casos el argumento étnico jugaba un papel explicativo, cuando no justificativo. El caso de Rosa Elvira ponía en evidencia que el factor de género podía llegar a primar sobre el étnico en el juego de relaciones sociales. Un supuesto que me obligaba a abrir una nueva línea de atención empírica, a fin de evaluar hasta qué punto la primacía de la identidad de género sobre la étnica era un fenómeno delimitado al ámbito femenino, como era este caso, o también se hacía extensible al ámbito masculino.

En cuanto a mi madre, afrontaba con insólita entereza las dificultades que se le iban presentando, haciendo evidente que no estaba dispuesta a darme argumentos para justificar su regreso a España, a la vez que me indicaba hasta qué punto llegaba su rechazo a vivir en soledad. Se levantaba al amanecer, se ponía la bata y las zapatillas, rezaba el rosario al compás de sus paseítos, se aseaba luego en el río y preparaba el desayuno en “nuestro” tambo, prerrogativa que consiguió arrancar de Gracelia, antropóloga mediante, con la añagaza de que así no tendríamos que molestar a sus hijos pequeños, que aún dormían a tan tempranas horas. No ocurría lo mismo con la batalla del almuerzo,

que se mantenía latente, aunque sin más consecuencias que algún que otro gesto mal disimulado, más por mi madre que por Gracelia, y que yo, pillada en mitad del taimado fuego cruzado, me limitaba a procurar que no fuera a mayores.

Terminado el desayuno, mi madre recogía los cacharros, los lavaba en un barreño, los colocaba en “su” sitio y “adecentaba” el tambo, “Porque hay que ver lo desordenada que es esta gente, con todas las cosas revueltas sin ningún orden ni concierto. Sin un mal armario donde organizar la ropa, la cuelgan en cualquier lado. ¿Cómo pueden comer y cocinar en el mismo sitio donde duermen, como si fueran bichos? Si hicieran un corralito aparte para las gallinas en lugar de tenerlas por ahí sueltas debajo de la choza, liberarían ese sitio para la cocina y el comedor; así dejarían la parte de arriba para los dormitorios y procurarían una mayor intimidad”. Disposición espacial que ella misma se empeñó en materializar, haciendo oídos sordos a mis explicaciones disuasorias y ajena a la recelosa mirada de Gracelia y la extrañeza de cuanto lugareño pasaba por allí. No tardó en darse cuenta por sí misma de que su pretensión era poco menos que imposible, dada la altísima pluviosidad de la zona que mantenía embarrado el suelo casi todo el tiempo.

- Ah, claro, debe ser por eso que el piso de los tambos está tan alto – se dio por vencida, tras ver refutada su proposición teórica por la fuerza empírica de los hechos.

Una de aquellas mañanas, mientras yo transcribía la entrevista grabada la tarde anterior, mi atención se vio incitada, al principio con distraída curiosidad y después con detenimiento analítico, por el trajín que mi madre tenía desplegado en su afán organizador del tambo. Me quedo observándola con disimulo y reparo en la infinidad de veces que, salvando las distancias, debía haberla visto en escenas parecidas en la casa familiar, sin que en ningún momento llegase yo a sospechar, incluso cuando se

suponía que mi formación etnográfica ya me había provisto de los recursos necesarios para hacerlo, que aquel minucioso despliegue de gestos y movimientos, tanto celo en reproducir cada día el mismo orden predeterminado y meticuloso de las cosas, tenía que responder a algo más que a meros impulsos carácter funcional.

La veo colocar las dos colchonetas en el costado opuesto a la entrada del tambo e interponer entre ellas una caja de madera a modo de mesilla de noche, según deduzco del hecho de que coloque sobre ella el farol de queroseno, los evangelios y el rosario, una estampa de Santa Gema que había formado parte de los fetiches religiosos de mi abuela, un crucifijo y las fotos de mi hermano y mi padre, todo ello en una disposición que me recuerda a la que tenía en la mesilla de noche de su dormitorio. Acto seguido, recoge la camiseta con la que yo he dormido y la pliega con mimo antes de colocarla bajo el cojín que me sirve de almohada. Ata una cuerda entre dos de los palos que sustentan el techado y cuelga de ella los dos mosquiteros, dejando así delimitado ese aparte del resto del tambo. Finalmente, echa una rápida mirada supervisora para asegurarse de que todo responde a un orden detallado y preciso, que debe corresponderse con un plano indeleblemente grabado en alguna zona de su cerebro. Suelta un suspiro de satisfacción y corre las improvisadas cortinas.

Mientras la observo, se me hace presente la liturgia que efectuaba cada mañana en nuestra casa, empezando por su dormitorio y siguiendo por nuestros caóticos cuartos de adolescentes. Abría de par en par los balcones para renovar la atmósfera “viciada”, oreaba las sábanas y las mantas y las volvía a poner, una sobre otra, cuidándose de irlas alisando con amplias pasadas de la palma de la mano y el antebrazo para quitar los realces, las embozaba con la sábana superior, remetía los bordes colgantes entre el somier y el colchón y cubría todo con la colcha,

dándole forma sobre la almohada; recogía las pantuflas dejadas en cualquier sitio, los pijamas en revoltijo y los colocaba doblados bajo las almohadas, las ropas sucias para lavar, las limpias para colgar y, tras realizar el mismo ademán de revista que acababa de ejecutar en el tambo para cerciorarse de que todo estaba en orden, cerraba los balcones y dejaba en la oscuridad lo que (en ese momento infero) a la oscuridad de la noche debía entender ella que pertenecía, y advierto que en mi recuerdo los dormitorios siempre eran espacios en penumbra durante el día. Concluyo que lo que mi madre hacía en la casa y acababa de hacer en el tambo, colocando esto aquí, aquello allá, poniendo esto así, aquello asá, tapando, guardando, ordenando, era inscribir, mejor dicho, reinscribir. Reinscribir cada día un texto semiótico en el orden de las cosas, en el espacio de los dormitorios, en la casa, en el tambo. Un texto cuya sintaxis nocturna revelaba connotaciones relativas a la desnudez del cuerpo, al desaliño, la sexualidad, los impulsos fisiológicos descontrolados, aspectos asociados a la elemental condición animal del ser humano, inocuos en la intimidad familiar de la noche, mientras la casa permanecía cerrada al exterior, pero inicuos a plena luz del día para el mantenimiento de un determinado orden establecido, que iba más allá de una mera intencionalidad funcional y adquiría dimensiones de orden simbólico y también moral. Un orden que ella tenía la misión de preservar día tras día, a base de reinscribir cada mañana el texto debido, a fin de conjurar los peligros que a los ojos de su cultura entrañaba el desorden de la noche y enuncie, mientras las puertas de la calle estuvieran abiertas, el recto orden de las cosas. Un texto que, al hablar de la casa también hablaba de la familia y, por consiguiente, de ella misma, de su condición de mujer, esposa, madre, del rol que jugaba en su entorno social, en su mundo, del lugar que ocupaba en el orden del universo, casi insignificante, pero a cuyo correcto funcionamiento ella tenía el irrenunciable deber de contribuir a mantener para evitar el caos

y, con el caos, el advenimiento del mal. Entonces caigo en la cuenta de que la palabra que mi madre solía emplear para referirse a sus obligaciones domésticas no era limpiar ni ordenar, tampoco organizar, ni siquiera asear o arreglar, todas ellas de resonancias funcionales, higiénicas o estéticas, sino otra de profundas connotaciones éticas y, en su caso, sin duda religiosas: “adecentar”; la misma palabra que repite cuando ahora le formulo la pregunta con intención empírica.

- ¿Qué haces, mamá?

- Adecantar un poco el tambo, Nines – me responde distraída en sus tareas, mientras tararea un bolero, “Ya no estás más a mi lado, corazón...”

Continúo observándola con disimulo y veo que se dispone al meticuloso ceremonial de acicalamiento. Coge el espejo moteado por la herrumbre del clavo donde lo tengo colgado y, con el lápiz de ojos en la otra mano, dibuja una raya ligeramente curva sobre el curso de lo que fue su ya despoblada ceja. Trazo que no ha de coincidir con el que debe tener en el gráfico de su memoria, toda vez que de inmediato lo borra con un pañuelo. Cuelga de nuevo el espejo del clavo y, apuntalando la muñeca de la mano que sostenía el lápiz con la mano liberada, la punta de la lengua entre los dientes, dibuja un nuevo trazo. Y ahora sí parece quedar satisfecha. Acto seguido, procede a dibujar la otra ceja, esta vez dando por bueno el resultado al primer intento, según el gesto aquiescente expresado en su rostro, aunque a mi vista salta que le ha quedado ligeramente más alta que la otra. Después, procede a pintar de carmín sus ajados labios y sombrear discretamente los párpados, engarza una perla en el lóbulo de cada oreja, se quita la redecilla y los rulos, recompone su peinado y, buscando la intimidad del dormitorio recién delimitado, se quita la combinación con la que ha dormido y se coloca un sujetador que apenas cumple con la función de realzar sus flácidos pechos, elige

la blusa que mejor combina con la falda, coge los zapatos y desciende del tambo para, una vez abajo, ponérselos y pedirme desde allí que le alcance el paraguas y el bolso (¡para qué carajo va a necesitar el bolso!) y se lanza a deambular por el poblado para ir a acabar en el embarcadero, como cada mañana, donde entretiene el tiempo viendo a los niños jugar en el agua hasta la hora del almuerzo.

La miro alejarse con su paso inseguro sobre el piso de hierba encharcada y pienso en el sinsentido que resulta ser en aquel entorno el texto exótico que mi madre acaba de inscribir sobre su rostro con sus lápices de colores –gris para las cejas, azul pálido para los párpados, carmín para labios-, cifrado en claves completamente extrañas para los lugareños, incapaces de entender el mensaje impreso en él. Un proceder, el del acicalamiento, que yo he interpretado como un simple hábito, acaso también como melancólica parodia de lo que un día fue la hermosa joven que enamoró a mi padre, como así dejaban entrever las prudentes poses acarameladas en las viejas fotos en blanco y negro de ribetes ondulados del álbum familiar. La miro e imagino el esfuerzo que debe estar haciendo para mantener un andar decoroso con sus zapatos de medio tacón sobre el suelo embarrado, el bolso en una mano, el paraguas a modo de bastón en la otra, y comprendo que me he equivocado, que no estoy contemplando un texto sin sentido ni mucho menos una triste parodia de un hermoso pasado perdido, sino toda una bella declaración de pundonor y dignidad femenina, humana. Tanto más bella cuanto que la mujer que se ha servido de su cuerpo gastado para expresarla está plenamente persuadida de que, destrozada su condición de madre, también ha dejado de ser mujer, persona. La veo alejarse entre los últimos tambos, saludar a los vecinos que le corresponden desde sus hamacas, y me pregunto qué lectura harán ellos de tan exótico texto andante, y



creo obtener la respuesta en las risotadas que en ese momento sueltan las hijas pequeñas de Gracelia. Me asomo a la baranda y las veo pintorreando sus ojos con un palito impregnado con tintura de jagua, con la que los embera se dibujan el rostro y el cuerpo, en una divertida y grotesca parodia llena de mohines de lo que acaban de ver hacer a mi madre.

Debió ser en una de sus estancias en el embarcadero, conversando con los niños (que hablaban un español más fluido que sus mayores, gracias a un maestro que venía tres días por semana) y encontrándose entre ellos Sharitau, la hija de Rosa Elvira, cuando mi madre pudo deslizar la información que yo le había dado sobre las razones que empujaron a Gracelia al exilio desde su Colombia natal, incluido el dato de que su hijo mayor se había unido a las FARC, y también que Rosa Elvira había pasado un tiempo con los paramilitares. Información que los niños debieron trasladar a sus madres y que días después desembocó en la encendida discusión que mantuvieron Rosa Elvira y Gracelia. Aparentemente, el motivo de la trifulca habían sido las ahogadillas a las que los niños sometían a Sharitau, entre ellos los hijos de Gracelia. Para mí –y seguramente para ambas madres también- era obvio que en el trasfondo de su desavenencia estaba el odio encarnizado que la familia de Rosa Elvira profesaba por cuanto tuviera relación con las FARC, autoras de la muerte de cuatro de sus seis hijos, odio que adquiría la justa proporción inversa al que albergaba Gracelia contra los paramilitares, culpables de la muerte de su marido, la ausencia de su hijo y su propio exilio en Panamá.

A partir de aquel incidente, las dos mujeres rompieron la relación, según Gracelia, porque “los embera-chamí y embera-katío nunca se han llevado bien”. La situación se fue agriando y llegó al punto en que Rosa Elvira se planteó abandonar el poblado y alcanzar Jaqué selva a través. Fue disuadida por el *nokó*, quien

la convenció de que sería cosa de días que se rompiera el bloqueo y se encargó de que otras mujeres atendieran sus necesidades más básicas. Con no pocas reticencias por parte de aquéllas, pues la disputa entre las dos chocoanas había reseñado su condición de desplazadas por el conflicto colombiano, lo que, a ojos de la comunidad constituía la viva representación de los males que, procedentes del Chocó, estaban arruinando la tradicional vida tranquila del Darién. De hecho, una vecina, Delia Beniama, había perdido un hijo durante un enfrentamiento con narcotraficantes, y otra, Elisa Onogama, otro hijo que había ido a buscar trabajo a Ciudad de Panamá y murió en un fuego cruzado, con ocasión de la violentísima invasión que efectuaron las tropas norteamericanas para derrocar al presidente Noriega, acusado ahora de narcotráfico y antaño su más fiel aliado, antes de que se revolviera contra los intereses gringos.

El ambiente en el poblado se fue crispando. Empezaron a circular reproches, quejas y acusaciones contra las dos mujeres: desde la pertenencia del hijo de Gracelia a la guerrilla culpable del bloqueo que, entre otras cosas, impedía la venida del maestro, hasta la plaga de piojos que había invadido las cabezas de la población infantil, cuyo foco estaba, a decir de algunas madres, en Sharitau, afirmación que se sustentaba en el estado de abandono en que la tenía la madre. Rosa Elvira dejó de recibir comida y tuvo que recurrir de nuevo a las plantas que ella misma recogía en los alrededores y lo que le daba el *nokó* y mi madre, a escondidas de Gracelia, “por caridad cristiana”.

La tensión social se mantuvo hasta que, por algún conducto, que preferí no indagar, llegó a Gracelia el dato de que Sharitau era fruto de la violación de un paramilitar. Noticia que indujo a Gracelia a restaurar su relación con Rosa Elvira, no ya por su común origen geográfico, ni tampoco por una identidad de género, sino porque entendía ahora que las dos compartían un

enemigo común. Un argumento que, sin embargo, Gracelia no hizo extensivo a Sharitau, según dejó constancia de ello durante un almuerzo en el que, delante de sus hijos, dijo que corría “sangre de asesina por sus venas”.

El compás de espera se rompió la mañana que aparecieron cuatro hombres emberá procedentes de un poblado situado a unos cuarenta minutos de Valle Alegre, río arriba. Una patrulla clandestina de paramilitares colombianos había llegado a su poblado en busca de información sobre los movimientos de las FARC en la zona. No teniendo noticia alguna que ofrecerles, habían sido acusados de “perros colaboradores” con la insurgencia y amenazados con violar a sus esposas e hijas si en un par de días no les proporcionaban alguna pista. Comprendí que sólo era cuestión de días que si no los paramilitares, los guerrilleros, acabarían apareciendo en Valle Alegre; y llegado ese caso más nos valía a mi madre y a mí encontrarnos lejos de allí. No nos quedaba más alternativa, pues, que aventurarnos selva a través para llegar a Jaqué. Empresa difícil y arriesgada; pero no más que la posibilidad de acabar secuestradas. Decidí que nos pondríamos en camino al día siguiente. Ventura, el hijo mayor de Gracelia, nos acompañaría hasta un punto del camino en el que se avistaba Jaqué, a partir del cual el trayecto se hacía menos dificultoso. Recogimos nuestros enseres y dejamos preparados los bultos para salir al amanecer.

Empezaba a clarear cuando me levanté. Llamé a mi madre para que se diera prisa y bajé del tambo su maleta y mi petate. En ese momento, me apercibí de la presencia de Rosa Elvira y su hija que, enteradas de nuestro plan de viaje, querían continuar con nosotros su éxodo hasta Jaqué. Volví a llamar a mi madre; pero no me contestó. Extrañada, subí al tambo y me acuclillé junto a ella. Respiraba con dificultad. Llevé mi mano a su frente sudorosa y el corazón me dio un vuelco cuando noté la fiebre. La

tenue luz del amanecer me desveló su camisón empapado en sudor y un ligero temblor en el cuerpo. En ese momento, apareció Ventura, dispuesto a iniciar la marcha. Le pedí que avisara a su madre. Alargué un barreño a Rosa Elvira para que me trajera agua del río con la que intentar bajar la fiebre a base de paños fríos. Minutos después, apareció Gracelia. Traía una infusión hecha con plantas medicinales, cuyo efecto benéfico sobre la fiebre yo misma había podido comprobar en un par de ocasiones. Con todo, eché mano del botiquín y cogí un par de analgésicos. Nos llevó un buen rato y no poco esfuerzo lograr que se los tomara con ayuda de la infusión, dado el estado de amodorramiento en el que se encontraba. Luego, la dejamos descansar. Nuestro intento de salir de allí se veía frustrado, al menos por unos días. Ya sólo faltaba que hubiera cogido el dengue.

Dos horas después, mi madre respiraba mejor, pero la fiebre no acababa de remitir. Hacia el mediodía, Gracelia sugirió que llamáramos al jaibaná para que la atendiera. Rosa Elvira y su hija, que habían permanecido todo el tiempo a una prudente distancia del tambo, se ofrecieron de inmediato para ir a buscarlo, si darme tiempo a reaccionar. La urgencia con que Gracelia me había hecho la propuesta y el modo espontáneo con que Rosa Elvira la había secundado, chocó con el rechazo que a bote pronto me provocó la idea de que mi madre fuera atendida por un chamán. Se trataba de un ritual de curación que yo había presenciado en varias ocasiones y no comportaba riesgo alguno, y al que, de todos modos, no podía rehusar, pues comportaría por mi parte una manifestación de descrédito del jaibaná, que a buen seguro tendría por su parte la justa correspondencia sobre mi crédito como antropóloga. En cuanto a mi madre, no me cabía la menor duda de que se habría negado en redondo a ser objeto de prácticas chamánicas, pero el estado de semiinconsciencia en el que se encontraba no la dejaba en condiciones de opinar.

Hacia el atardecer apareció el jaibaná acompañado de su joven esposa, que haría de ayudante. El poblado entero se fue arremolinando en torno al tambo, en parte por curiosidad, en parte porque también la comunidad tiene un papel que cumplir en el *kariburu*, el ritual jaibaná de curación. Siguiendo el protocolo establecido, la mayoría de concurrentes se quedó abajo, rodeando al tambo. Gracelia y yo permanecimos arriba. El jaibaná y su esposa se situaron junto a la colchoneta donde yacía mi madre, en el lado opuesto al de la mesilla donde ésta tenía sus abalorios religiosos. Empezaron a montar un pequeño altar a base de bejucos, hojas de *biaho*, flores, zumos de plantas, un espejo, una corona de plumas, un collar de chaquiras y un bastón de madera de cocobolo rematado con la figura de un jai portando en su cabeza un mono aullador. Seguidamente, el jaibaná solicitó a Gracelia que cocinara comida, al tiempo que se quejaba porque su mujer se había olvidado de traer un cangrejo para su preparación, tal como prescribe el ritual. Como a esas horas de la tarde era ya imposible conseguir uno, aceptó que el alimento fuera preparado sólo con arroz y huevo cocido. Luego, colocó junto al altar un puñal, cigarrillos, varias botellas de licor, una pequeña palangana con zumo de plantas y una vasija con zumo de flores rojas. Se colocó una corona de plumas y el collar de chaquira, se sentó en su banqueta, tomó un trago de chicha y ordenó a todos los congregados que tomáramos también; inclinó la cabeza, meditó un minuto y luego roció perfume de albahaca sobre sí mismo, sobre mi madre y sobre los asistentes y, sirviéndose de un manojo de plantas, asperjó el interior del tambo. Tras dar otro trago de chicha, tomó del altar el bastón con una mano y, con la otra, dos hojas de *biaho*, las puso frente a su cara y empezó a agitarlas emitiendo un canto con voces graves y agudas, a veces en un hablar cadencioso, a veces en tonos crípticos, dialogando con los jais para invitarlos a pasar. De súbito, sin que mediara transición alguna, el jaibaná se interrumpió y, cambiando por

completo de registro, se asomó a la baranda y comenzó a departir en tono coloquial con los asistentes sobre las cosechas y las lluvias.

Unos quince minutos después, Gracelia llegó con la comida, que el jaibaná colocó en el altar. Éste se sentó en su banqueta, ordenó que bebiéramos chicha y tomó nuevamente en sus manos las hojas de bihao y el bastón, los llevó junto a su boca y comenzó a canturrear en voz baja para presentar mi madre a los jais. Empezó a pasarle las hojas de bihao desde la cabeza a los pies, arrastrándolas después hacia sí mismo, al tiempo que aumentaba la tensión que ponía en el canto. De pronto, las hojas empezaron a temblar. El jaibaná se levantó y se puso a abanicar a mi madre, empezando por la cabeza y terminando por los pies, con objeto de que sus jais la reconocieran. Asperjó zumo de flores de albahaca en el cuerpo de la enferma con los dedos de la mano derecha. Cogió las hojas y su bastón e inició un canto en tono bajo, demandando a sus jais que determinaran si había enfermedad, y en caso positivo, si era posible extraer el mal. Las hojas comenzaron a vibrar ante el canto, significando que los jais le confirmaban que había mal y que ellos podían extraerlo.

Hizo otra pausa. Todos, incluido el jaibaná, estábamos animados por la ingestión de la chicha. La ayudante empezó a fabricar la jepá, una suerte de serpiente anaconda confeccionada a base de bejucos, que tejió con gran destreza y rapidez. Cuando terminó, el jaibaná se dispuso a efectuar el ritual de purificación con la jepá. Ayudado por su esposa, levantaron a la enferma y, en vista del estado de debilidad que mostraba, ordenó al público ingerir más chicha y bailar. Todos teníamos que estar contentos. Abajo, los asistentes empezaron a gritar con una sola voz: "¡Fuerza maestro! ¡Fuerza maestro!"

Sin dejar de salmodiar, el jaibaná hizo una especie de corona con la jepá, dejando un círculo por el cual debía caber la

enferma. Colocó la jepá en la cabeza de ésta y comenzó a pasarlo por el cuerpo. A punto estuve de soltar una inoportuna carcajada, al visualizar en mi pensamiento un paralelismo entre la jepá con un rudimentario aparato de resonancia magnética; pero toda intención se me cortó en seco en el instante en que, a la altura de la boca la jepá se detuvo y mi madre empezó a emitir al principio tenues gemidos y luego a hablar de forma incoherente en medio de fuertes estertores. Sobrecogida, al principio no entendí lo que decía, hasta que pasados los primeros instantes no pude menos que quedarme estupefacta cuando empecé a distinguir con claridad sus palabras. Nunca había oído a mi madre soltar taco alguno, y mucho menos los “hijo de puta”, “canalla” y “malnacido” que salían de su boca, con una expresión de odio en la cara que se me hacía irreconocible. Me temblaban las piernas. Cuando el jaibaná continuó el descenso de la jepá, mi madre volvió al silencio. La jepá se detuvo de nuevo a la altura del pecho, sin que en apariencia obedeciera a la voluntad del jaibaná. Mi madre empezó a hacer gestos convulsos y, segundos después, se desmayó. Viendo yo las dificultades que tenía la ayudante para sostener el cuerpo inerte de la enferma, me apresté a sujetarla por el otro brazo. Mi corazón estaba disparado. El jaibaná siguió el curso de la serpiente hasta llegar a la altura del vientre, quedándose la jepá de nuevo retenida en ese punto. Mi madre comenzó a gritar, dejándome ahora en el más absoluto de los desconciertos y no menos atemorizada por el cariz que estaban tomando las cosas, pues ahora desvariaba a voz en grito: “¡Aznar canalla, asesino! ¡Tu madre tenía que haber cerrado las piernas mientras te paría!” Los concurrentes gritaban: “¡Fuerza maestro! ¡Fuerza maestro! La jepá siguió bajando, mi madre continuó desvariando y los concurrentes gritando con más fuerza. Terminado el recorrido de la jepá por el cuerpo, el jaibaná la enrolló, tomó el puñal que tenía en el altar y empezó a asestarle puñaladas. Luego, metió los restos de la jepá en una bolsa, la

amarró y, en medio del paroxismo de los allí congregados, la arrojó al fuego. Se hizo el silencio. El jaibaná consideró que ya se había alcanzado el clímax necesario y dio paso a la extracción del jai. La ayudante cogió unos paños amarillos del altar y se los pasó. Él colocó el primer paño en la parte lateral del cuello de mi madre y succionó fuerte sobre ese punto, procediendo después a escupir en un paño limpio, examinar la saliva y comprobar que era clara y limpia. Pasó al otro lado del cuello y repitió el mismo procedimiento. Después, sopló con humo de cigarrillo la coronilla y las manos de la enferma para insuflarle fuerzas. Purificó con zumo de flores rojas la coronilla de su propia cabeza, de la enferma, la ayudante, la mía y la de Gracelia. Luego, continuó con las succiones. La tensión en el ambiente fue creciendo de nuevo hasta alcanzar el grado álgido de dramatismo cuando llegó a un punto en el que el jaibaná empezó a realizar fuertes contorsiones y, tras un rato, regurgitó. Volvió a succionar y a regurgitar varias veces más, hasta que el esputo salió sanguinolento, dejándome a mí absolutamente sobrecogida. Entonces, el jaibaná nos mostró su satisfacción: el jai maligno había sido extraído por fin. Tomó una cuchara y procedió a ofrecer la comida preparada por Gracelia a los asistentes al ritual. En penúltimo lugar comió él y finalmente, con no pocas dificultades, le dio a mi madre, antes de que la dejáramos de nuevo en el lecho.

Apuntaban las primeras luces del amanecer. El jaibaná y su mujer recogieron sus abalorios ceremoniales y abandonaron el tambo, los concurrentes se fueron marchando y yo me derrengué exhausta en mi colchoneta para quedarme en seguida profundamente dormida.

La fiebre desapareció por completo aquella misma tarde, pero era evidente que mi madre no estaba en condiciones de realizar a pie el trayecto hasta Jaqué. Decidí darle unos días más para recuperarse antes de volver a intentarlo. Recuperación que



rápidamente se hizo patente en lo tocante al aspecto físico, mas no así en su ánimo. Dejó de ordenar el tambo y de acicalarse, y tampoco salía a dar su paseo cotidiano hasta el embarcadero. Se pasaba el tiempo meciéndose en la hamaca, con la mirada perdida, en silencio. A mis requerimientos, respondía con monosílabos y si, a base de insistir yo, prodigaba el verbo un poco más, de repente, y sin motivo alguno, se interrumpía en plena conversación y su mente se ausentaba, dejando atrás su cuerpo inerte abandonado. A dónde se iba era algo que a veces me era reconocible, pues a su regreso hablaba de mi padre como si aún estuviera vivo; otras, sin embargo, se ausentaba sin que a su retorno aportara indicio alguno de adónde había estado. Se reincorporaba sin más y continuaba el hilo de la conversación exactamente por donde lo había dejado. Y sólo el viso de tristeza que velaba sus ojos, el marmóreo hieratismo del rostro y su voz deshilachada, me hacían sospechar que regresaba de algún tenebroso lugar de la existencia, seguramente el más tenebroso de todos los que un ser humano pueda imaginar, tanto que ni nombre se ha atrevido nadie a ponerle un nombre en cultura alguna, porque sólo cabe nombrar lo que es humanamente concebible: el lugar a donde van a dejarse morir las madres que sobreviven a sus hijos.

Como en ningún momento pareció tener conciencia mi madre de haber sido sometida al kariburu, pensé que lo mejor era dejarlo estar y no generarle preocupaciones innecesarias. Pero las imprecaciones de odio contra el ex presidente Aznar habían quedado impresas en mi memoria con desagradable precisión. Desde que murió mi hermano, jamás escuché a mis padres comentario alguno sobre el papel que Aznar jugó con su apoyo a Bush y Blair para invadir Irak, a base de mentiras insistentemente denunciadas por los expertos y en contra de la inmensa mayoría de la opinión pública de uno y otro signo

ideológico, más porque ello abría la remota posibilidad de que mi hermano pudiera ser destinado allí, como así ocurrió, que porque tuvieran un criterio político al respecto. Yo siempre supuse que habrían culpado de la muerte del hijo al fanatismo islamista, a los avatares de la guerra, a los riesgos que entrañaba trabajar para el Centro Nacional de Inteligencia o al destino divino; pero nunca se me había pasado por la cabeza que inculparan a su otrora admirado Aznar por la muerte de su hijo. Sin embargo, las insólitas imprecaciones de mi madre contra él durante el ritual de curación hacían evidente que para ella había sido, si no el causante directo de su muerte, sin duda inductor cómplice de las circunstancias que la provocaron. El ritual del kariburu había puesto de manifiesto que todo su dolor, su rabia, su desprecio y odio infinitos, habían permanecido reprimidos en su subconsciente durante cinco años, personificados en el ex presidente José María Aznar, el jai maligno que el jaibaná había extirpado de sus entrañas en la forma que sólo puede hacerse con un mal de semejante naturaleza: como un repulsivo y sanguinolento esputo.

A mis preguntas sobre cómo se encontraba, si le dolía algo, ella respondía que no me preocupara, que estaba bien y que podíamos emprender la marcha en el momento que yo considerase más oportuno. Me preocupé seriamente cuando me dijo que quería irse a “su” casa.

- ¿Ya no te importa vivir sola?

- Nines –suspiró-, solos nacemos y solos morimos. Me acostumbraré, si es que me da tiempo. No le tengo miedo a la muerte, porque sé que arriba me esperan tu padre y tu hermano. Yo aquí ya he cumplido.

Dolida por una nueva prueba de desafección hacia mí, en ese momento tomé conciencia del poco tiempo que me quedaba

para estar con ella. Comprendí que el resultado de la investigación, el reconocimiento de mérito profesional, la opinión de mis colegas, el destino en Ginebra que me esperaba una vez terminada la investigación, significaban muy poco.

- Vamos a regresar juntas, mamá – le dije sin pensarlo demasiado.

- ¿Y tu trabajo?

- Tengo suficiente material para completar la investigación.

- De todos modos, no me queda más remedio que vivir sola, puesto que tú estarás en Suiza.

- Puedes pasar temporadas conmigo – le ofrecí, olvidándome de las dificultades que tal posibilidad podía entrañar, dada mi situación sentimental.

- No quiero suponerte una carga, ni tampoco un estorbo para que puedas vivir en pareja.

- Mamá – me decidí por fin a explicitar lo que nunca antes se había hablado en la familia, aunque sí, cuando ya no cupo negar la evidencia, en forma de taimado sobreentendido - hazte a la idea de que nunca voy a tener un marido.

- He dicho pareja - remachó ella, dejándome en el más completo de los descolokes. Y continuó: – No te voy a negar que lo tuyo nos ha preocupado y entristecido mucho a tu padre y a mí, y que nos hubiera gustado verte casada con un buen hombre con el que formarás una familia. Sabes que por mis creencias me resulta imposible aceptar la idea de una pareja de mujeres, y mucho menos que se le llame matrimonio, como se le ha ocurrido al pamplinas del presidente “zapatitos”. Pero con el tiempo me he resignado. Además, Ana –me lanzó una oblicua mirada, como

diciendo, “no creas que no me he dado cuenta”- me parece una buena persona y te vendrá muy bien para poner un poco de sosiego en esa vida tan ajetreada que llevas y que tanto trabajo le estará dando a tu ángel de la guarda. Lo único que siento a estas alturas es saber que me voy a morir sin haber sido abuela.

- Todavía puedo hacerte abuela – traté de compensar un difuso sentimiento de culpa.

- Sin un varón o sin ayuda del Espíritu Santo, lo dudo mucho – dijo con expresión de picardía, al tiempo que se ponía roja por la blasfema osadía que se le acababa de escapar.

- Puedo adoptar.

- No me sentiría abuela de un niño que no fuera realmente tuyo.

- Siendo hijo mío, inevitablemente tú serías su abuela.

- Se es abuela cuando una hija concibe, gesta, pare y amamanta a su propio hijo – afirmó con total convicción.

- Con la inseminación artificial se cumplen todas esas condiciones.

- Dios no ha dispuesto las cosas de esa manera.

- ¿No crees que una mujer puede tener un hijo de forma natural y no ser madre si lo abandona?

- Será una mala madre que ha abandonado a su hijo. Pero madre, al fin y al cabo.

- Mamá, que los genes crean vínculos maternos por sí solos no deja de ser una convención cultural. ¿Cómo se entiende, si no, lo que está pasando Rosa Elvira para encontrar a un hijo que no lleva su sangre?

- El empeño de esa pobre mujer me parece muy meritorio; pero sus verdaderos hijos son los que ella concibió, gestó, parió y amamantó. Y por desgracia, también perdió.

- ¿Qué harías si estuvieras en su situación? – le pregunté mientras reparaba en el “también” que acababa de incluir en su frase.

- Yo no habría abandonado a mis cuatro hijos muertos hasta haberlos enterrado religiosamente. Una madre civilizada no hace eso. Por lo que se ve, estas madres no sienten el dolor de los hijos como los sentimos nosotras.

- ¡Cómo no lo van a sentir! Lo sienten como cualquier madre, sólo que lo expresan de otra manera. Entiende de una vez que la noción de madre es relativa, que no hay una única manera de concebir la maternidad, sino muchas posibles, tantas como culturas, como maneras de concebir la relación materno-filial hay en el mundo. ¿Qué harías tú si te encontraras en la misma situación de Rosa Elvira?

- Eso sería imposible que a mí me ocurriera – dijo un tanto ofendida por la comparación.

- ¿Pero si te ocurriera? – insistí.

- No digas tonterías, Nines –intentaba evadirse, viéndose incapaz de asumir la comparación.

- ¿No crees que Sharitau o el hermano que andan buscando merezcan el mismo amor de Rosa Elvira que los que murieron en Bojayá?

- Por supuesto que se lo merecen. ¡Por quién me tomas! Pero es imposible que esa mujer sienta por ellos lo mismo que por sus verdaderos hijos. Son sentimientos distintos. Hace falta haber llevado a un hijo en las entrañas para saber que es así.

- Tú no lo sabes, puesto que sólo conoces la maternidad biológica. Además, tu afirmación choca con lo que afirma la inmensa mayoría de padres que tienen hijos biológicos junto con adoptados.

- Será porque no pueden permitirse ni siquiera pensarlo. Pero, en el fondo, sus sentimientos por unos y por otros tienen que ser distintos.

- Si tú te encontraras en el caso de Rosa Elvira, ¿buscarías a un hijo que hubieras adoptado?

- Yo nunca habría adoptado hijos. Si no se tienen hijos es porque Dios no lo quiere así.

- Trata de imaginarte por un momento si lo tuvieras. ¿Lo buscarías?

- No, si ello me obligara a abandonar a mis propios hijos. Eso nunca.

- Y a Sharitau ¿la buscarías?

Se quedó callada, porque estuviera buscando una respuesta o, si la tenía, sopesando si la decía.

- Esa niña nunca debía haber nacido.

- ¿Insinúas que Rosa Elvira tenía que haber abortado?

- ¡Cómo voy yo a decir eso! – dijo escandalizada.

- ¿Entonces?

- Dejémoslo ya, Nines. Se me están revolviendo las tripas con esta conversación estúpida.

Aquel rechazo visceral de mi madre por Sharitau, unido al de Gracelia y el resto del poblado, despertaron en mí una corriente de empatía con la niña que empezó a manifestarse ese mismo día,

cuando la vi sentada sola, a una prudente distancia de donde jugaban los niños. Me acerqué. Me dijo que, no sabía por qué, no querían jugar con ella; también, que le había preguntado a su madre y ésta le había contestado que no se preocupara, pues en cuanto la señora se repusiera de su enfermedad, continuarían el viaje a Jaqué, donde seguramente estaría su hermano.

Al día siguiente, por la tarde, estando yo con mis notas en el tambo, me apercibí de que Sharitau se acercaba con discreción y se sentaba frente al tambo, al pie de una ceiba. No le dije nada. Estaba transcribiendo la última entrevista con su madre (realizada en ausencia de niña) en la que Rosa Elvira, más confiada conmigo, me había hablado de los sentimientos encontrados que le provocaba su relación con Sharitau. Era un testimonio desgarrado en el que rememoraba entre sollozos la presión que ejercieron los paramilitares para que abortara, su negativa a hacerlo y el rechazo que sintió por la niña cuando nació, la sensación de vacío al tenerla en sus brazos y la emoción al verla mamar por primera vez. Tremendas contradicciones nunca resueltas que habían marcado su relación materno-filial durante doce años, y que tuvieron su punto álgido cuando Rosa Elvira quiso dejarla en adopción.

- Sientes alguna diferencia entre tus hijos biológicos y el adoptado –sale mi voz del magnetófono.

- No – dice la voz firme de Rosa Elvira.

- ¿Y entre el hijo que buscas y Sharitau?

Intervalo de silencio.

-Esa pregunta no sé responderla –cavila -. Ese hijo no lleva mi sangre, pero sí la sangre de mis otros hijos. Y yo le di mi propia leche.

No alude a Sharitau.

Cuando terminé la transcripción, Sharitau seguía en el mismo sitio. Le dije que subiera. Apenas entró la niña en el tambo, mi madre se levantó de la hamaca y, sin decir nada, bajó y desapareció de mi vista. Le di a Sharitau un cuaderno y un lápiz para que se entretuviera mientras yo terminaba. Se tiró al suelo y se puso a dibujar boca abajo. Yo continué con la revisión del texto de la transcripción. Cuando terminé, la niña se había dormido. Me quedé mirándola y, de forma inesperada, en mi cabeza resonó un “podía ser mía”. Un escalofrío remeció mi cuerpo. Me levanté y la cogí entre mis brazos para acostarla en la hamaca. Ella se desveló, me miró con sus almendrados ojos negros y me rodeó el cuello con sus brazos, hundiendo su cara en mi cabello. Sentí el calor de su piel pegada a la mía, el cálido aliento de su respiración en mi cuello. Cuando me incliné para acomodarla, se resistió a separarse de mí. Me dejé caer en la hamaca con ella en mis brazos y me acoplé como pude. Sharitau apoyó su cabeza en mi regazo y continuó con sus sueños. Desconcertada, estuve un rato tratando de identificar las emociones que me inundaban, hasta que acabé por desistir. Algo me decía que no las entendería, porque procedían desde más allá de la razón, más allá del lenguaje, de las estructuras de parentesco, de las relaciones sociales, de los vínculos genéticos. Intuí que la plétora de emociones que me estaba provocando Sharitau en ese momento pertenecía al insondable misterio del fluir de la vida, el incesante flujo que nos sobrepasa y que nos lleva.

Casi había anochecido cuando nos despertamos. Sharitau se fue y enseguida apareció mi madre.

- De todos modos, no habría podido comunicarme con ella, puesto que apenas habla español – se justificó sin que yo le hubiera preguntado.

- Es que ha estado poco tiempo escolarizada y por eso no lo maneja bien.



- Por mí podemos irnos de aquí cuando quieras - dijo ella, dando un giro a la conversación-. Me encuentro perfectamente, y quiero volver a mi casa.

- No nos queda más remedio que esperar. Los aguaceros de los últimos días han dejado impracticables los caminos. A ver si aguanta un par de días sin llover y se seca algo el terreno.

La lluvia continuó y el drástico cambio de ánimo de mi madre tras el ritual del kariburu se sumó a la actitud displicente que tomó con la niña, haciéndose más patente conforme observaba mi paulatino acercamiento a ella. Sharitau aparecía puntualmente cada tarde y esperaba bajo la ceiba a que yo la llamase. Entonces mi madre se iba a dar un paseo o, si llovía, se refugiaba en el tambo de Gracelia, con la que, de pronto, parecían haber desaparecido todos sus reparos por llevar sus pechos al aire. No pudiendo entablar una conversación fluida con ella, se pasaba la tarde en una hamaca viéndola pintar el cuerpo de sus hijos pequeños. Sharitau y yo nos quedábamos solas, ella dibujando y yo trabajando en mis materiales de campo, inmersas las dos en un plácido silencio sólo roto por el sonido relajante de la lluvia cayendo sobre el techado y la frondosa vegetación circundante, completamente ajenas al resto del mundo. Pasado un rato, la niña se pasaba a la hamaca y se quedaba dormida, momento en el que yo me acomodaba junto a ella para dejarme llevar por mis emociones recién descubiertas.

- Le he planteado a Rosa Elvira que me deje a Sharitau en adopción.

- Y qué te ha dicho – me mira mi madre con expresión de incredulidad.

- Tras muchas dudas, ha llegado a la conclusión de que sería lo mejor para la niña, dadas las precarias circunstancias que ella tiene para criarla.

- Pues no cuentes conmigo para esa locura.

- ¿No crees que tengo derecho a experimentar la maternidad?

- Ya sabes lo que pienso de eso.

- Sí, sé lo que piensas. Que los genes priman sobre los sentimientos. Así pensaban los nazis.

- ¡Me estás llamando nazi!

- También ellos concedían primacía de superioridad al factor genético sobre el sentimental. Y ya me dirás si eso no es racismo. ¡Pura soberbia al pensar que hay genes que determinan superioridad o inferioridad! -elevé el tono de voz- Y aunque así fuera, ¿qué te hace creer que tus genes o los míos son superiores a los de Rosa Elvira, que somos más ricas que ella, que pertenecemos a una civilización que se ha auto-designado superior a la suya, más evolucionada porque tiene más tecnología, que tus creencias y tus santos valen más que sus jais, que su dios Caragabí vale menos que tu Dios?

No hubo respuesta. Desde ese momento, se instaló entre nosotras una soterrada tensión que anunciaba augurios de dramática ruptura, y que se habría hecho insoportable con el paso de los días de confinamiento, de no ser porque, tal y como me venía temiendo, una mañana apareció un retén de las FARC, integrado por una decena de hombres y tres mujeres, en busca de provisiones. La vida del poblado quedó suspendida, los estómagos encogidos y los corazones disparados, a la espera de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. No tardaron en descubrirnos a mi madre y a mí, pues lo primero que hicieron los guerrilleros fue poner patas arriba todo el poblado, requisando cuanto sirviera para abastecer sus reservas de víveres. La sorpresa que se llevó la joven guerrillera, apenas una adolescente, cuando se asomó al

tambo y nos vio, no fue menor que la expresada por el comandante que acudió a sus gritos de llamada. Les expliqué la situación como pude, haciendo especial hincapié en mi profesión de antropóloga y en las circunstancias que nos tenían allí retenidos, en contra de nuestra pretensión de regresar a Jaqué y viajar a Costa Rica. El mando se quedó un rato cavilando, hasta que finalmente y sin que en apariencia hubiera salido de dudas, se limitó a ordenarnos que esperásemos. Regresó al centro del poblado y entabló conversación con un correligionario. Le advertí a mi madre que por nada del mundo revelara mi condición de funcionaria internacional. Las consecuencias serían mucho peores que si nos tomaban como rehenes solo con pretensión económica. Siendo el secuestro, junto con el narcotráfico, una de las principales vías de financiación de las FARC, semejante idea no era descabellada. Llegado el caso, propondría a los guerrilleros quedarme yo y que dejaran a mi madre ir a Jaqué.

Durante el eterno par de minutos que parecieron estar deliberando los dos guerrilleros no dejaron de lanzar miradas a nuestro tambo, haciendo palmario que estaban decidiendo qué hacer con nosotras. Pasado ese tiempo, el mando se acercó y nos ordenó que no nos moviéramos de allí hasta nuevo aviso. Bajé del tambo y le planteé mi propuesta de liberar a mi madre. El mando aceptó. Cuando éste le comunicó a mi madre su decisión de liberarla, ella respondió:

- ¡Váyase usted a la mierda, señor mío! - soltó con el mayor de los desprecios. El comandante se quedó mirándola, se rascó la cabeza, dijo “carajo con la vieja”, y se fue.

Las esperanzas de que los guerrilleros abandonaran el poblado una vez abastecidos de víveres se vieron frustradas cuando éstos empezaron a tender las hamacas en la casa comunal del poblado y pidieron a algunas mujeres que les preparasen comida. Al ver yo que Gracelia se disponía a matar la tercera

gallina y mostrarle mi sorpresa por tan extraordinario dispendio que no le habían pedido, me dijo que el hecho de dar de comer a los soldados le hacía sentir que, en igual circunstancia, cualquier madre haría lo mismo con su hijo guerrillero. Una vez hubo terminado de cocinar, nos sirvió a sus hijos, a mi madre y a mí, unas escuálidas raciones y llevó el generoso resto a los soldados. Pude imaginar, sin temor a equivocarme, el asunto que la retuvo tanto rato charlando con ellos mientras comían.

Aquella tarde la pasamos recluidas en el tambo, dormitando al vaivén de las hamacas, Sharitau abrazada a mí y mi madre musitando su letanía, sin saber si íbamos a ser objeto de secuestro o si, como en mi fondo había empezado a albergar la esperanza, sería nuestra oportunidad de salir de allí, aunque fuera en cayuco por el río. Ellos mataban el tiempo dormitando en las hamacas, fumando, mirando al vacío, hablando apenas, acaso porque en las interminables horas, los días, los años de tedio en la selva, ya se lo tuvieran todo dicho o porque mejor callaban sus pensamientos para no poner en riesgo su vida. No dejaba de sorprenderme la extrema juventud de algunos de ellos, apenas catorce o quince años irreconocibles en sus rostros avejentados por las inclemencias del clima, las picaduras de mosquitos, las enfermedades, el horror inscrito en la mirada por las atrocidades que habrían tenido que ver y cometer. Reparé en que uno de ellos tenía un brazo esposado a la viga de la que colgaba el cabecero de su hamaca.

- ¿Sabes la cantidad de niños que hay en las filas de la guerrilla y las fuerzas paramilitares de Colombia? – comenté a mi madre mientras lo miraba, recordando el informe sobre los niños de la guerra elaborado por Human Rights Watch.

- Por lo que veo aquí, más de uno.

- Se calcula que entre las FARC y las fuerzas paramilitares hay unos diez u once mil niños, de los cuales un tercio son niñas. Niñas de la edad de Sharitau. ¿Te imaginas?

- Nadie que tenga corazón puede imaginar semejante canallada. Alguien debería hacer algo para evitarlo.

- Los convenios de Ginebra prohíben reclutar a niños menores de 15 años.

- Pues tendría que haber un convenio que obligara a ir a la guerra a todo el que declare una. Él con sus propios hijos. Y al frente, no a la retaguardia. Seguro que habría menos guerras.

- Posiblemente ninguna, aunque siempre hay algún que otro iluminado dispuesto a sacrificar incluso a sus propios hijos para salvar la patria.

- Y de qué sirven las patrias, si por ellas perdemos a nuestros hijos.

- No sé, quizás habría que preguntarle al comandante – dije al tropezar ahora mi vista con él, tumbado en su hamaca.

Veo a Ventura pasar delante del tambo en dirección a la casa comunal. Lleva en la mano el jarro en el que Gracelia nos sirve el café. Los soldados lo reciben con expresiones de satisfacción y se apresuran a buscar sus tazas de latón. Mientras toman el café, el muchacho parece muy interesado en las explicaciones que le está dando un soldado mientras desmonta el fusil, lo vuelve a montar y llena de balas el cargador. Oigo al comandante llamar a Ventura para que se acerque a donde él se encuentra. Cuando lo tiene a su lado, coge el fusil y se lo ofrece, dejando al muchacho que lo maneje mientras conversan.

Durante la cena en el tambo de Gracelia hubo más silencio que palabras. En un momento determinado, mi madre se

preguntó en voz alta qué habría hecho el guerrillero que tenían esposado.

- Intentó desertar- dijo Ventura.

- Y qué van a hacer con él – preguntó mi madre.

- Le harán un consejo de guerra y decidirán a mano alzada la pena – intervine yo, recordando de nuevo el informe de Human Rights Watch. -Lo más probable es que lo ejecuten, y que se sirvan para ello de alguno de los guerrilleros jóvenes que se hayan incorporado más recientemente. Es el modo que tienen de comprometerlos con la causa y, de paso, hacerles ver lo que también a ellos les puede ocurrir.

- Asesinos – susurró mi madre.

- Se produjo un tenso silencio.

- No son asesinos, son soldados revolucionarios – dijo Ventura sin levantar la mirada de la hoja de plátano con la comida que sostenía entre las manos. Con gesto airado, aunque contenido, depositó la hoja en el piso, se levantó, bajó del tambo y se fue a la casa comunal. Gracelia no dijo nada, aunque no disimulaba el disgusto que le habían provocado las inoportunas palabras de mi madre. Ante la incómoda situación creada, lo más prudente era que nosotras nos retirásemos.

Esa noche, Ventura se quedó a dormir con los guerrilleros.

La mañana siguiente transcurrió lenta y pesada, entre aguaceros intermitentes. Los guerrilleros aprovecharon un intervalo para realizar su ejercicio de instrucción, en el que Ventura participó con más entusiasmo que diligencia, entre las chanzas de los soldados. Más tarde, el comandante y Ventura conversaban en un aparte. Al caer la noche, dos soldados levantaron al compañero preso y, seguidos por el comandante y

Ventura, salieron de la casa comunal. Me temí lo peor. Busqué con la mirada a Gracelia. Estaba de pie, junto a la baranda de su tambo, siguiendo la escena con gesto grave.

- Trata de impedirlo, Gracelia – le dije.

Ella no se movió. Permaneció en silencio, con la mirada fija en el punto donde su hijo había desaparecido entre la maleza.

- Pobre muchacho- oí a mis espaldas el lamento de mi madre.

El sonido seco del disparo resonó en el aire. Se escuchó un revoloteo de pájaros. Un denso vacío se instaló en el poblado. Mis intentos por hablar con Gracelia chocaron con un muro. Ni una queja, ni una palabra, ni una lágrima. Sólo el rictus hierático y grave de su rostro dejaba entrever el infierno de sentimientos encontrados que ardía en su interior.

Me despertó el ajetreo de los guerrilleros en su precipitado abandono del poblado llevándose a Ventura con ellos. Prisas que sólo nos explicamos cuando un par de horas más tarde hicieron acto de presencia los paramilitares. No quedando víveres que incautar, continuaron la persecución. Nosotras no teníamos tiempo que perder. El nokó se ofreció para llevarnos en su cayuco a mi madre, Rosa Elvira, Sharitau y a mí hasta Jaqué. Recogimos los bártulos y, cuando nos disponíamos a embarcar, volvieron a aparecer los paramilitares. Los guerrilleros les habían tendido una emboscada y se habían visto obligados a retroceder. Traían un herido en una improvisada camilla. Se acomodaron en la casa comunal y seleccionaron a cinco mujeres para que les lavaran la ropa y preparasen comida. Rosa Elvira y Sharitau estaban entre ellas.

Con los paramilitares se instaló en el poblado la misma atmósfera tensa de los días pasados con la guerrilla. Sólo que

ahora yo estaba con el alma en vilo observando cada gesto, cada movimiento de Sharitau entre los paramilitares. Sobre todo, cuando me apercibí de que un soldado imberbe, de no más de diecisiete años, había puesto el ojo en la niña y no la dejaba ni a sol ni a sombra. No podía echarme a dormir hasta que, anochecido ya, la veía salir de la casa comunal acompañada de su madre y las otras mujeres para irse a descansar. Con todo, pasaba las noches inquieta, tratando de conjurar los malos presagios que no dejaban de acosarme.

Caían las últimas luces el día en que, por fin, apareció la panga de Jaqué. Como se había hecho tarde, el conductor dijo que pasaría la noche allí y saldríamos al amanecer. Nuestro miedo a que los paramilitares nos impidieran la salida del poblado se borró cuando éstos se limitaron a reivindicar su autoría en la reapertura de la circulación por el río. Por su parte no había reparo alguno para que aprovecháramos el viaje de regreso a Jaqué. Excitadas, recogimos el tambo y dejamos listo el equipaje. El conductor de la panga se comprometió a recoger nuestros bártulos al día siguiente. Nuestro encierro forzado parecía haber llegado a su fin. Me dormí con el susurro del rezo de mi madre y el croar de ranas.

Un alarido rompe el silencio de la noche. Hay luz de luna y puedo vislumbrar a Rosa Elvira en la casa comunal, gritando fuera de sí que los paramilitares se han llevado a Sharitau. Me quedo paralizada por la dolorosa sensación de desgarró que se produce mi interior, escuchando estremecida e impotente los lamentos de Rosa Elvira y las palabras del nokó tratando de disuadirla de salir en busca de su hija en medio de la noche. La tensión cunde de inmediato por el poblado. Se oyen comentarios, susurros, discusiones apagadas. Los focos de luz de las linternas trazan en la oscuridad el ir y venir entre los tambos. Cuando reacciono, bajo del tambo y me acerco a la casa comunal. El nokó me dice que va a reunir a unos cuantos hombres y saldrán en



busca de la niña apenas haya amanecido. Se va. Rosa Elvira y yo nos quedamos solas, yo con el cuerpo agarrotado sin poder articular palabra y Rosa Elvira sollozando. Media hora después, con la primera luz del amanecer, aparece el conductor de la panga. Me dice que ya tiene todo preparado y sólo le falta recoger nuestro equipaje. Le digo que yo no voy a ir en ese viaje, que por favor se lleve a mi madre a Jaqué y le pida a Herminio y su esposa que se ocupen de ella hasta mi llegada. Vuelvo la vista hacia mi tambo y veo a mi madre de pie, junto a la baranda, mirando hacia donde nos encontramos. El lento pasar de los minutos me ahoga de impaciencia. Rosa Elvira y yo contemplamos angustiadas los intentos frustrados del nokó para formar un grupo de hombres que nos acompañe. Discute con dos que, a tenor de sus ademanes, se resisten. Incapaces de soportar un minuto más la espera, Rosa Elvira y yo emprendemos la marcha. Al vernos, el nokó grita que esperemos. Nos avisa del riesgo que corremos yendo solas. Lejos de disuadirme, sus palabras me provocan un golpe de una rabia infinita que, de súbito, se transforma en una estentórea reacción que me sorprende a mí misma. De un violento tirón me saco la camiseta. No sé por qué lo he hecho, pero mientras camino junto a Rosa Elvira con mis pechos desnudos me siento la mujer más fuerte del mundo, dispuesta a todo, a matar con mis propias manos al primer militar que se le ocurra oponerse a mi voluntad de recuperar a Sharitau. De algún lugar de mi interior, sale un grito:

- ¡No los dejemos que se lleven a nuestros hijos!

- ¡Que no se lleven a nuestros hijos! – solloza Rosa Elvira.

A nuestro paso entre los tambos, se nos une Delia Beniama, haciendo caso omiso a los intentos de disuasión de su esposo. Le sigue Elisa Onogama. Cercano el grupo a mi tambo, pido que se adelanten. Paso junto al tambo de Gracelia la busco con la mirada. No está. Con un pellizco en el estómago, me acerco

para dar las indicaciones a mi madre y espere a que vengan a recogerla.

No hay palabras entre nosotras, sólo un cruce de miradas sostenidas. Percibo un leve temblor de labios y la barbilla en el rostro demudado de mi madre. Siento que algo profundo, vital, parece haberse roto entre nosotras. En ese instante solo somos dos mujeres obligadas a vivir sus propios destinos: yo había sido el suyo, ahora Sharitau es el mío. Me voy. Y a punto de unirme al grupo, con el ánimo acongojado, escucho a mis espaldas.

- ¡Espérame, hija!

Emocionada al escuchar el modo en que se ha referido a mí, me vuelvo y las lágrimas apenas me dejan ver con nitidez la imagen de mi madre que viene hacia nosotras, tratando de mantener el paso erguido con sus zapatos de medio tacón, el bolso colgado del antebrazo, el paraguas a modo de bastón, sin blusa, con el sujetador cubriendo sus pechos caídos.

- No dejemos que se la lleven -grita con un lamento- No los dejemos más. ¡Que nunca más se lleven a nuestros hijos!